Cae una lluvia ligera y pertinaz. El cielo está copado de nubes oscuras, densas, perniciosas. El ambiente húmedo, el aire pesado, los olores a rancio flotan tangibles, casi pueden verse. Y el frío cala hasta el alma. Cristal abre los ojos, ya no lleva puestas las gafas oscuras y está sentada en la acera. ¿A dónde se fue el sol?, se pregunta, si hace un momento hacía un calor de la fregada. Las medias, recién compradas y puestas con tantos esfuerzos para no romperlas, lucen ahora ajadas, con manchas de tierra y sangre. Sin embargo, sólo es un raspón en la rodilla, nada de qué alarmarse. Estoy entera, dice en voz alta, ¿cómo es que no me llevó de corbata el autobús que parecía salido del maldito infierno? Luego se da cuenta de que aún lleva el celular en la mano. Creí que lo había tirado del susto. Y, con algo de susto, precisamente, descubre a una anciana que, en cuclillas, la mira muy de cerca, como si la inspeccionara con lupa. Cristal da un brinco, el corazón se le acelera y la anciana respinga con un paso hacia atrás.

*⎯* ¿Te asusté, niña?

*⎯* ¿Estoy viva? *⎯*pregunta mientras se palpa el cuerpo para cerciorarse de que todos los huesos estén en su lugar.

La anciana suelta una risa abierta, franca, contagiosa.

*⎯* Pero claro que estás viva, niña, ni que te hubiera arrollado un camión.

*⎯* ¿Y qué no? *⎯*la anciana vuelve a reír con un sonido como de ratoncito.

*⎯* ¡Qué disparates!

Cristal mira su maleta que yace despedazada sobre el pavimento. Trozos de ropa y objetos atropellados por doquier, mutilados, sucios de grasa vulgar. Sus anteojos oscuros por completo pulverizados, irrecuperables… tan nuevos y tan caros… los compró con sus propios ahorros y ahora lucen como basura. Con movimientos suaves y lentos comienza a ponerse de pie, pues no sabe si la asaltarán dolores ocasionados por huesos rotos que aún no ha descubierto, sangrantes y mortales heridas internas u órganos machacados por el golpe. De momento, sólo siente las piernas entumidas por la tensión muscular que ejercen sus propios nervios. Sorprendida, descubre que nada le duele, que se siente como si aquello no hubiera pasado. La mujer ofrece su ayuda, pero Cristal ya ha logrado incorporarse. Musita un “gracias” casi inaudible de tan aturdida.

*⎯* El camión…

La anciana no responde. Se distrae cuando descubre sobre el pavimento un pequeño y peculiar destello luminoso. No muy lejos de las pertenencias de Cristal, se encuentra tirada una medallita de forma curiosa, al menos así le parece a ella. De dónde sacan semejantes disparates los jóvenes de hoy, abrase visto, una serpiente mordiéndose la cola… ni Quetzalcóatl, dice la anciana para sí.

*⎯* Ven, niña, ésta de aquí enfrente es mi casa. Vamos adentro, pues necesitas un poco de alcohol para esa rodilla… aunque, a decir verdad, no tengo alcohol, pero una buena restregadita con agua y jabón te sacará los bichos que infectan las heridas. No querrás que se te llene de pus ¿verdad?

Un hombre se acerca a ellas. Es joven, de tez morena clara, no muy alto. Si se fijara uno bien podría darse cuenta de que sus ojos sonríen todo el tiempo, como si fueran felices por sí mismos. También encontraría uno que su sonrisa apenas dibujada es franca, honesta, y que no sonríe nada más porque sí, sino que lo hace porque tiene motivos para hacerlo, que tiene motivos para ser feliz. En estos tiempos ya nadie los tiene, dirían las abuelas. En estos tiempos quién tiene tiempo de ser feliz. Vaya ironía. Pero ése joven sí que los tiene, y muchos. Sin embargo, nadie se está fijando en sus ojos parlanchines o en su encantadora sonrisa. El joven en cuestión tiene la nariz grande y recta de la antigua aristocracia mexicana. También conserva algunas pecas de la infancia a pesar del color almendrado de su piel. Así de joven es todavía. Y sin embargo, viste un oscuro traje pasado de moda, aunque eso sí, muy elegante y que le da un aire de distinción muy fuera de tono con los chavos de hoy en día que usan los pantalones de mezclilla deslavados, rotos y que les cuelgan hasta las rodillas. Si cualquiera se detuviera a pensar un segundo diría que a quién se le ocurre vestir un traje oscuro en estos días de tanto calor. Apenas uno color marfil estaría bien, pensaría Cristal. Pero eso al joven parece no importarle y, en cambio, se acerca cada vez más al lugar en donde se encuentran las mujeres y, cuando está a punto de llegar Cristal, que ha logrado verlo de reojo, termina de incorporarse rápidamente y urge a la anciana mujer a dirigirse hacia la casa. Ambas caminan con premura. Cristal siente el ardor de la rodilla pero se apresura porque el joven aquél se acerca cada vez más mientras las mira fijamente, y ella, como buena mujer citadina, se vuelve presa de la paranoia; podría ser un asaltante, un secuestrador, un violador o un asesino… o todo junto; piensa y ella misma se siente como una tonta al pensar así. Parezco salida de un comic. La anciana, sin embargo, no se percata de nada más que de su propio monólogo y de abrir el viejo y desgastado portón de hierro forjado de su casa.

 ⎯ Mi mamacita, que Dios guarde en su Gloria, decía que hay que curar primero las heridas del cuerpo para luego curar las del alma.

 Cristal quisiera darle prisas a la anciana. El hombre ya se encuentra demasiado cerca y parece que quiere hablarles.

 *⎯* A propósito, niña, ¿cómo te raspaste la rodilla?

 El joven está a punto de decir algo cuando la anciana le cierra el portón de hierro casi en la nariz. Cristal mira hacia la anciana y hacia el joven. Va a preguntar algo pero prefiere guardar silencio y seguir a la dueña de la casa hacia el interior. Así, ambas mujeres se alejan de la entrada mientras Cristal alcanza a advertir la expresión de impotencia en el rostro del muchacho desconocido.